

## LA ILUSIÓN, DROGA INTERNACIONAL

### I

No hace mucho, una tarde llamó nuestra atención un diario vespertino español con sus gruesos titulares: «La fruta está madurando. Inglaterra, dispuesta a ceder su soberanía sobre el Peñón». El corazón nos hubiera dado un vuelco de no estar acostumbrados a las exageraciones de expresión periodística. Pues no mucho antes, y por curiosidad, habíamos contabilizado los anuncios de paz en el Vietnam formulados en el reducido número de publicaciones extranjeras a nuestro alcance. En un período breve—sólo desde enero a julio de 1972—habíamos leído tal auspicio en un centenar largo de publicaciones; algunas, sesudas revistas especializadas; otros, diarios más o menos sensacionalistas. A cada paso brota con más fuerza esta estremeceadora verdad: el auge de la gran droga informativa, que corroe a los que quieren—o tienen—que enterarse de los acontecimientos mundiales por la prensa: el ilusionismo, frecuentemente ligado a la fantasía y muchas veces encubridor de la propagación<sup>1</sup>.

Ilusión, fantasía y propaganda son armas—y vicios—tan viejos como la Humanidad, aplicados a la presentación de las relaciones humanas, modernamente configurables como relaciones internacionales. En textos clásicos orientales—recordamos al Kantiliya—y en otros menos orientales—la visión griega de los persas y la romana de los cartagineses—encontramos a cada paso aquella triada. En nuestro Medievo, cronistas cristianos y musulmanes pasaban con frecuencia de la fantasía a la propaganda contra el adversario.

---

<sup>1</sup> Según el Diccionario de la Real Academia, *ilusión* es «concepto, imagen o representación sin verdadera realidad, sugeridos por la imaginación o causados por engaño de los sentidos». Y también «esperanza acariciada sin fundamento racional». La tercera acepción de *fantasía* es «grado superior de la imaginación». Las acepciones académicas de «propaganda» resultan pobres pensando en la aplicación del concepto vulgar a las relaciones internacionales. No conocemos en castellano locución literalmente equivalente a la de «Wishful thinkings» británica, que ha pasado al lenguaje internacional. En parte representa el dicho «el pensamiento es hijo del deseo».

*En la leyenda negra antiespañola sucede al revés: se pasa de la propaganda a la fantasía, siempre con una ilusión, desgraciadamente fructificada y viva, en el este siglo XX declinante, que tan distante parece de las guerras de religión (salvo en el Ulster) y en donde las huellas hispánicas van asociadas al mestizaje, mientras que las de los antihispanos de aquellos siglos al racismo, la eliminación o la sumisión del extraño. Ahora, tras de la versión propagandística de las dos grandes guerras, asistimos a una furiosa guerra fría, también propagandística, pletórica de fantasías—sin excluir la mentira—y de objetivos ilusionados en su éxito. Lo actual no es novedad; lo grave es que la propaganda y la mentira acaban intoxicando a sus cultivadores y degenerando en ilusiones internacionales. Esta droga, directamente invisible, no se limita a extraviar a las masas «informadas», es decir, deformadas. Ataca a los informadores o deformadores y, lo que es peor, a los conductores y responsables de las relaciones internacionales, con inmediato riesgo de que su versión equivocada de los acontecimientos y de las perspectivas o probabilidades exteriores los lleve a pasos en falso, que pueden provocar desde un simple ridículo personal a una tensión entre Estados, propicia a su vez para cualquier choque violento.*

## II

*¿Quién no se acuerda, entre nosotros, de aquellos cuadros comparativos que El Imparcial publicaba en 1898 de las escuadras española y yanqui, que hacían a Juan Español creer en la superioridad de la suya? La ilusión llevó a la Bellglatz a calcular, en 1914, que podría castigar a Servia sin que se propagara el conflicto, y a Hitler, en 1939, a creer que podía repetir en Danzig su repetida táctica —Anchluss, Sudetes, Memel, etc.— ante la pasividad de todos. Acaso en el período 1945-70 las ilusiones fueron menos trágicas, aunque no para todos; la ilusión norteamericana sobre la conducta soviética duró hasta la «guerra fría», y al estallar ésta violentamente —en Corea— media docena de pueblos habían sido soviéticos y la inmensa China había pasado al campo comunista; bien que sobre ellas las ilusiones corrieron paralelamente, porque a las de los Stikwell, Weddemeyer, Marshall y compañía se añadieron luego los de las gentes de Moscú, que contaban con un satélite seguro durante un cuarto de siglo a partir del Tratado de 14 de febrero de 1950, el cual dentro del cuatrienio fue revisado a toda prisa—14 de octubre de 1954— y a los dos lustros era papel mojado.*

*Ironías fáciles podrían hacerse sobre los tratados anglo-ruso de 26 de mayo de 1942 (¡por veinte años, prorrogables salvo denuncia avisada con uno de antelación!) y franco-ruso de 10 de diciembre de 1944, por igual plazo. La ironía llega a tragedia recordando los acuerdos de Ginebra sobre Indochina (20-21 de julio de 1954), las declaraciones altisonantes de tantas jerarquías galas sobre la intangibilidad de «L'Algérie française» y las menos altisonantes, pero no menos enfáticas, de muchas personalidades británicas sobre Chipre o Aden, porque en Singapur se está «salvando la cara» y en Hong-Kong se permanece traficando en silencio y sin vaticinios. Incluso el incommovible sistema elaborado por las «seguras Américas» por los pactos de Petrópolis y Bogotá (1 de septiembre de 1947-30 de abril de 1948) quebraban escandalosamente en Cuba al iniciarse 1960 y hacen agua por doquier actualmente. Hasta los rotundos non possumus de la prudente Cancillería de Bonn sobre el Este se esfumaban con el Tratado de 12 de agosto de 1970 (la línea Oder-Neisse y otras propinas más, congelando proforma a medio Berlín). La lista sería inacabable (la pobreza del pomposo Consejo de Europa, los resultados a menudo decepcionantes de la descolonización y de los Programas de Desarrollo, la votalización de la EFTA, lo platónico de las rotundas resoluciones onusianas sobre Cachemira y Palestina, para no mencionar incluso sus consensus, alguno referente a Gibraltar, etc.). Y conduciría a una impresión tan pesimista sobre el desarrollo de las relaciones internacionales que, huyendo de una droga—el ilusionismo—, caeríamos en otra no menos perniciosa, el escepticismo sin límite, y no es ésa nuestra intención, porque el mundo marcha y hay que luchar, con esperanza o sin ella—que se nos permita evocar la divisa de Guillermo de Orange— contra los efectos peligrosos de los grandes problemas mundiales, y contra los simplemente internacionales, para solucionarlos o, en último término, para que la vida continúe.*

### III

*Ciertamente, el mundo, acosado por dificultades y amenazas, ha perdido mucha ingenuidad. Casi nos atreveríamos a escribir que las masas, vapuleadas y escarmentadas a diario, son más realistas que sus dirigentes, penetrados por el optimismo de la comodidad—cuando no de la adulación aisladora— que proporciona el mando, bajo cualesquiera regímenes y en to-*

*dos los países. Nadie está seguro —pese a los muchos motivos de «conservación razonable»— de que no pueda estallar un conflicto nuclear, ni de que al fin brote la auténtica solidaridad mundial, precisa para solucionar el problema de la coexistencia tolerable, que interesa lo mismo a los pobres subdesarrollados que a los pudientes, que sin los pobres poco podrían esperar de su solitario futuro. Pero cuando se pasa de la contemplación genérica de esos grandes problemas, que a fuerza de aplastarnos nos dejan insensibilizados a la visión específica de problemas concretos, por una curiosa inversión del sentido de las perspectivas, la euforia y el desenfado crecen, impulsados por la gran droga de la ilusión, muchas veces preparada por la fantasía ilusionista.*

*Y así nos encontramos con ardorosos europeístas que traspasan el ámbito lícito del balance —estimulante a secas— de lo ya conseguido para penetrar en el ilusionismo de la «Europa consumada». Cuando no sólo hay dos Europas —la del Comecon y el Pacto de Varsovia frente a los tampoco coincidentes de la OTAN y de las Comunidades—, sino que la de las Comunidades llega al Cabo Norte, pero no pasa los Pirineos. Debajo de los cuales otro ilusionismo, cual contrarrestado y a ratos fomentado, cree rápida o fácil la entrada de España en un sistema que va a dar mejor trato a las lejanas Tangañica o a Togo que al país que paseó la europeidad desde Alaska a la Tierra del Fuego, y por el Pacífico, dejando la inmensa herencia de un mundo neoeuropeo, reserva quizás del núcleo motriz si éste reincidiera en su suicidio. El ilusionismo no está sólo en los opulentos comunitarios y en sus parientes pobres europeos. Está en el interamericanismo y algunos de sus sucedáneos más reducidos —uno ya deshinchado: la Alianza para el Progreso— en el escandaloso africanismo, en el estéril arabismo y en varios de los contrapuestos asiatismos que malviven dentro del más desgarrado de los Continentes. Por las armas o por la miseria y el atraso; fustigados por planes y medidas para que, como ciertas plagas, aquél vuelva a penetrar de donde se le ahuyentó.*

*Ilusionistas ardorosos son muchos de los dogmatismos que impulsan al mundo de hoy. Y tanto más cuanto más recientes guardamos los cristianos —como otros creyentes— una prudente reserva, que no supone duda o desesperanza, sobre los tiempos y modos de la realización del Reino de Dios. Incluso los hijos del positivismo ilustrado de los siglos XVIII y XIX son prudentes cuando no están doloridos por el contraste entre sus vaticinios y*

los hechos por ahora en el marxismo, el que sigue golpeando con expedita simplicidad sobre la llegada de la Goldenzeit comunista, sólo que con agrias discrepancias internas de interpretación dogmática. Y es ese ardor el que le hace peligroso para la paz futura; exactamente como la postura opuesta: la del pragmatismo, confundido con informalidad frecuente en los Estados Unidos.

Y por supuesto quedan ilusionismos arcaicos y miniilusionismos. Tal país cree que pueda retrasarse el reloj a la época victoriana ante ciertos problemas; tal otro, que la Grandeur puede reproducirse con ropaje dieciochesco o napoleónico. Los pequeños dictadores de los jóvenes Estados sueñan con perspectivas megalómanas, aunque al salir de sus palacios tropiecen con el atraso general de sus conciudadanos.

#### IV

Estas reflexiones no pueden ser interminables. Limitémonos cautamente a dejar a los demás que resuelvan la preparación de sus futuros—aunque nos den continuos «consejos» a los españoles sobre el nuestro—y concluyamos pensando en eso: en el presente y en el futuro exteriores de España. Somos un país meridional, latino-celtíbero, «mediterraneizado» (hasta en Vasconia), y los mietos de los arbitristas de hace tres siglos y de los doctrinistas, más recientes. Nos ha ido bien—todo lo bien posible—cuando trocamos fantasías e ilusiones por prudencia, observación y acción reflexiva y realista: recordamos el apartamiento de España de ese gran negocio ruinoso que fue la segunda gran guerra. Nos irá todo lo bien posible si a las dificultades mundiales y a las malevolencias ajenas no añadimos las fantasías ilusionistas propias. O lo que será peor: sus falsificaciones por móviles mezquinos.

Nuestro camino es arduo. Nadie nos va a dar una «bienvenida generosa» en Europa, ni en ninguna parte; ni nos va a regalar Gibraltar ni nada. Ningún país—por poderoso y bondadoso que se nos antoje—va a ser la panacea de nuestros problemas, ni siquiera como respaldo, caso de apuros, nada raros para nadie en estos tiempos. Al contrario, las contumaces malevolencias cambien o no de ropaje; están ahí, a cada paso, acechando cualquier

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

*ocasión, como en 1936. Porque los grandes pueden permitirse—no inocua-  
mente—el lujo de las torpezas a impulso de sus ilusiones o deseos. Pero los  
menores no podemos. Y si nos intoxicamos de ilusionismo, hacemos el juego  
a los que nos observan sin espíritus de fraternidad o ayuda. Messieurs, les  
flatteurs de tous les pays; modération, s'il vous plait.*

J. M. C. T.

*ESTUDIOS*

